

Junco de Calabrese, Ethel

*La patria en su fundación lírica. Lectura de
Poemas australes de Leopoldo Marechal*

IV Jornadas Diálogos: Literatura, Estética y Teología, 2010
Facultad de Filosofía y Letras - UCA

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Junco de Calabrese, Ethel. "La patria en su fundación lírica : lectura de *Poemas australes* de Leopoldo Marechal" [en línea]. Jornadas Diálogos : Literatura, Estética y Teología : Miradas desde el bicentenario : Imaginarios, figuras y poéticas, IV, 12-14 octubre 2010. Universidad Católica Argentina. Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires. Disponible en:

<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/patria-fundacion-lirica-lectura.pdf> [Fecha de consulta:]

LA PATRIA EN SU FUNDACIÓN LÍRICA. LECTURA DE *POEMAS AUSTRALES* DE LEOPOLDO MARECHAL

ETHEL JUNCO DE CALABRESE
(FASTA - MAR DEL PLATA)

1.

Marechal es un hombre en la historia de su época, quiero decir, que clamó por una patria tangible y espléndida; la historia –por supuesto– no tenía por qué entenderlo y lo excluyó. Pero él sigue hablándole, desde la paciencia de su obra. Por ese motivo, en este trabajo invito a renovar la lectura de un segmento lírico que opera como eslabón en la estética del autor y reitera el motivo constante de su literatura en todos los géneros cultivados: la posibilidad y fundamentación de la patria.

Los cinco poemas australes datan del año 1937; en 1945, con la incorporación de la “Elegía del Sur”, el autor los denomina *Poemas australes* y queda una suma poética de seis piezas: “Gravitación del cielo”, “El buey”, “A un domador de caballos”, “Cortejo”, “Abuelo cántabro” y “Elegía del Sur”.

En este compacto conjunto lírico se incorporan las posibles peripecias que demarcan un destino, desde el origen hasta su desaparición. Así, en los motivos eminentes de los poemas, nos encontramos con la coherencia hilvanada de un mundo mítico, personal primero, comunitario luego, por gracia del hombre que lo observa en su experiencia unitiva y lo gesta poéticamente.

Intentaré ser cauta en el tratamiento de estos poemas, no proponiendo una interpretación –siempre audaz– sino una senda de lectura a través de las luces que el autor permite entrever, aún en el claroscuro de nuestra mirada.

2.

“Gravitación del cielo” mira a los hombres entre la doble dimensión, cielo y tierra; pero nada es común: los hombres son del Sur, el cielo gravita y la tierra es benigna, todo en función de una promesa.

–Yo recuerdo una edad prometida del júbilo:
Ha dejado en mi lengua un entrañable
Sabor de paraíso.

El universo espera, ancho y hondo en sus enigmas, pero cabal y presente para el hombre del Sur, expresado en sus signos: animales, flores, luz, paloma, agua, tierra. Y en la circularidad perfecta, el poeta que dialoga –¿con quién?– y se responde, se reprocha, mejor, en su inocencia.

¡Esa fue nuestra culpa, la de haber olvidado
Que la tierra escondía
Su vejez entre flores!

Pero el día de gozo no queda sin su noche y el poeta presenta el movimiento de la noche imparable, esa otra gravitación: *noche suspendida como un racimo de uvas negras*.

El día que aún existe como vida perdurable, *como un abuelo firme / que aún se tiene a caballo*, está vigilado por la noche; perdura, pero en su centro lo traspasa la noche, el tiempo y su mudanza. El poeta queda entonces desamparado en el presente, desterrado tal vez:

¡Fue acaso la dulzura de un tiempo adormecido
La que cerró tus ojos y mis ojos
A la maravillosa destrucción!
[...]
La tierra gris y el cielo rampante han devorado
Los cuerpos y las almas:
Los cuerpos trabajados a martillos de tierra,
Las almas desprendidas
A martillo de cielo.

La promesa inicial del paraíso era tan solo existencia. El presente está dirigido por la memoria, único espacio de la eternidad:

Yo recuerdo una edad escondida entre flores:
Ha dejado en mi lengua un entrañable
Sabor de paraíso.

Con el poema “El buey” se unen buey y boyero en un designio primordial, el de la fidelidad a una esencia, al ser creados en una dirección y con un sentido cuyo cumplimiento ennoblece:

Bello, como nacido del Amor arquitecto,
Y reverente al paso de los días,
El buey atado a su boyero guarda
Fidelidad a la Palabra.

¿Quién es buey y quién boyero? Cabe preguntarse por esta belleza que surge perfecta de un amor que construye con normas de armonía, por esta belleza que es obediente y acaso devota y que está atada, ligada a un decir. Parece una propuesta programática de hombre ligado a un orden, cuya infalibilidad radica en la clara jerarquía expresada sin dogmatismos en la naturaleza, para quien quiera verla.

El eje del libro se alcanza en “A un domador de caballos”, el texto donde maduran los símbolos marechalianos del hombre argentino, en el espacio eminente de la patria sin mácula, el Sur. El domador es el hombre desnudo que pone orden sin enseñorearse, simplemente cumpliendo y así expresa su dominio sin vanidad, en lo cotidiano.

Domar un potro es ordenar la fuerza
Y el peso y la medida [...]

El domador es el artista, no menos, quien armoniza fuerzas encontradas y rebeldes y las hace sonido. El tiempo de la mirada, claro, es el tiempo incólume la infancia, cuando el ojo

simple mira y recoge y atesora los materiales que serán oro en el crisol poético, más tarde, siempre más tarde.

¿Por qué vendrás a mí con el sabor
De los días antiguos,
De los antiguos días abiertos y cerrados
A manera de flores?
¿Vienes a reclamar el nacimiento
De un prometido elogio,
Domador de caballos?

¿En qué sentido el domador es modelo de hombre? Veamos literalmente sus notas: *Simple como un metal [...] de una nobleza original [...] hombre sin ciencia pero escrito con leyes y números, a modo de un barro fiel [...] sabio en la medida de tu fidelidad [...] la prudencia ceñida a tus riñones [...] y la benevolencia.* Y concluye el poeta: *así te vemos en el Sur.* Un ideario de virtud magnificada para Marechal en la obediencia a una escritura original: este *hombre sin ciencia / pero escrito con leyes y números, a modo de un barro fiel*, tiene el itinerario de un destino que desde el momento en que se presenta como paradigmático se convierte en ideal; está dicho, es el hombre del Sur. Y delante de él, su razón de ser, el caballo: *una forma oscura [...], gavilla de cólera, [...] sonidos en guerra, [...] piel relampagueante, [...] pulso del mar, [...] amigo en el origen y entregado a nosotros / en el día más puro de su origen, [...] hermoso como un viento que se hiciera visible.* Sentido y misión del hombre es su ser domador.

Pero el tiempo, claro, debe pasar, dejando su tono elegíaco; las dos estrofas finales confrontan: *Y así los vemos en el Sur*, dice la penúltima; *Y así los vimos en el Sur*, dice la última. El tiempo lo trae de vuelta sin derrota, con asentimiento:

[...] oscuro y humillado,
Pero visible todavía el oro
De una nobleza antigua que no sabe
Morir sobre su frente.

El final no es más que una confirmación y quizá –permítaseme un arrebató– uno de los más sobrios, y por eso magníficamente bellos, cierres líricos de Marechal. ¿Quién es el poeta cuando, habiendo hablado de domar las fuerzas naturales, domestica las palabras para extraerles su más fino extracto?

Su nombre: Domador de caballos, al Sur.
Domador de caballos,
No es otra su alabanza.

“Cortejo” introduce frontalmente el protagonismo de la muerte. Una muerta, que no sabemos quién es –y tampoco importa– va vestida como una novia. Es una muerte al mediodía, que pasa en el carro de las espigas maduras, hay sol, brillo, trigos en sazón, flores y linos. Es una muerte tan viva que impresiona. Y es en la anécdota contradictoria, a los ojos lectores del testigo niño, que asoma la pregunta:

Dos niños la conducen: en sus frentes nubladas
El enigma despunta.
¿Por qué la muerta va con su traje de bodas?
¿Por qué en el mismo carro
De llevar las espigas?

A continuación, “Abuelo cántabro” busca las raíces del hombre, de todos los hombres aparecidos y presentes, boyero, domador, segador o poeta, y desde la oscuridad de un presente caído, exhorta a la recuperación de la nobleza original, el oro. Es posible desde las pistas, cuando están frescas y sin sombra, y el lugar de encuentro es la niñez, una niñez que mira el paradigma:

Abriendo y cerrando el día
Con la señal de la Cruz
Y perdurable como
Las maderas antiguas
O los antiguos broncees castigados,
En la mañana de oros y de platas
Así lo miro y su estatura crece.

“Abuelo cántabro” establece paralelismos nítidos con “A un domador de caballos” en orden a señalar las virtudes notables ¿Qué constituye la diferencia y el predominio del hombre entre las fuerzas naturales? *Saber el fruto amado de la tierra [...] adivinar el ritmo / futuro de los vientos [...] pedir el agua en tiempos de sequía / y agradecer la Cielo las mareas del cielo / dejar caer el peso de la mano / sobre los no rendidos animales / o acariciar las testas que se inclinan / al solo peso de la voz; / tal es tu ciencia [...].*

En “Elegía del Sur”, poema de la edición de 1945, se cierra el ciclo. El Sur queda, por si alguna duda hubiese, totalmente consolidado: Maipú en la geografía y la infancia en la memoria.

Has regresado a la juiciosa tierra
Donde te llama un canto prisionero[...]

Solo se ha partido, en el viaje del tiempo, para volver; la literatura ya ha enseñado —y Marechal es discípulo de esta tradición— que todo viaje es circular y es interior. La condición de retorno es excluyente: se vuelve con un inevitable sobrepeso y a su vez, aligerado.

Porque tu voz no tiene la inocencia
Ni el orgulloso temple de otros días,
A la tierra frutal has regresado[...]

Pero hay una certeza, que es la pérdida, primera condición para otra transmutación en el recuerdo.

¿Acaso piensas rescatar el oro
De los días borrachos que danzaban
Sobre la loma de Maipú [...]

La historia está cerrada, despoblada, cubierta por la tierra, como lo testimonia la casa de la loma; los signos de la casa son las heridas del hombre.

¡Ay, como ayer tu corazón se engaña,
Centro del mediodía y de la tierra:
Galopa sin quererlo hacia su llanto,
hoy como ayer y siempre!

El llanto es también bautismal; en la contemplación de un hogar abandonado, pero latente de evocación, el hombre llora y en el llorar la muerte de los que quedaron en la tierra, llora la propia, llora a su niño que no encuentra.

¡Resucita, si puedes, una infancia
Que se durmió en Maipú!

El círculo se cierra, pero no es estéril, porque sentir y saber es también entonar un canto de celebración:

Y como ayer está en su primavera
Fiel a sí misma siempre [...]

El poeta es, definitivamente, un ser en esperanza.

3.

El camino propuesto por Leopoldo Marechal es eminentemente lírico, en tanto parte de la básica experiencia de la observación-admiración de lo “insignificante”: pampa, cielo, animal, hombre; y lo común, lo cotidiano, se transforma en su crisol poético en extraordinario: virtud, tradición, transcendencia. El poeta, al traspasar las meras cosas en busca de una visión de identidad, las define y las hace únicas e indispensables. De allí que lo lírico sea inmediatamente filosófico; la poesía se sostiene en motivos –recurrentes en el autor– que a su vez responden a nociones nítidas, las cuales implican ideas arraigadas en el ser nacional por vehículo de la tradición. Dos operaciones vinculan y solidifican la identidad: nostalgia y recuperación. La nostalgia como recuerdo activo de posibilidad de ser, en tanto se miren las raíces; la recuperación, como ejercicio cabal de la memoria.

Por la exaltación del paisaje –el paisaje integral de la pampa– se forja el principio de pertenencia y, entonces, se recuerda la identidad. Y por la presencia del poeta se activan los hilos conductores de la historia, que es personal pero no menos comunitaria.

El Sur es el paraíso, la infancia es el paraíso; ninguno está perdido, el poeta existe para su recuperación, y su rescate debe producir renacimiento, vigencia, permanencia. Pero el poeta no es una autoridad religiosa, no es un líder de pueblos, ni siquiera un conductor de hombres; el poeta no es un político, no es un comunicador, no es un populista. ¿Cómo hace su reclamo el poeta? Paradójicamente más con silencio que con palabras. Marechal elogia reiteradamente la labor del silencio, es una de las virtudes de sus hombres y de sus mujeres.

[...] las mujeres altas y fructuosas
Cuyo silencio anduvo
Tan cerca de la música (“Gravitación del cielo”).
Hombre dado al silencio como a un vino precioso (“A un domador de caballos”).

Marechal siembra de símbolos el silencio, y queda trazada una ruta entre las voces y los ruidos: renace la patria en el Sur con las virtudes simples del hombre adánico, en la obediencia al precepto original, con el amor fiel, la mirada confiada de la criatura, la esperanza en el Creador.

En el orden de la composición original de 1937 iniciamos la lectura con el universo pleno del paraíso, o su sinónimo, la infancia; seguimos por el orden animal, sensible y solidario al humano, se corona en el centro con el hombre por excelencia, el domador, se dirige irreversible a una muerte que no es fin, sino paso, y se edifica en la sustancia permanente de las raíces, abuelo cántabro, tradición y signo de ser. Una armonía más del pequeño *corpus* que mira el territorio de oro del pasado, no como ideal cerrado, sino como meta de la memoria poética, de la reconstrucción. Todo es posible en el Sur, un punto cardinal del espíritu, límpido como sus vientos, simple como sus hábitos, viril como sus hombres y puerta del misterio, como sus estrellas.

Marechal, que como pocos vivió los destinos atribulados de la Argentina, nos reconcilia con la patria permanente, recordándola para nosotros.

Bibliografía

- CASALLA, M., “La estética de Leopoldo Marechal. Un ejemplo de aproximación nacional de la cultura universal”, en *Revista de Filosofía Latinoamericana* V. 5 (1979) 9 y ss.
- FORCAT, J. C., *El simbolismo espiritual en la obra poética de Leopoldo Marechal*, Santa Fe, Culturales Santafesinas, 1992.
- MARECHAL, L. *Poesía (1924-1950)*. Edición y prólogo de Pedro Luis Barcia, Buenos Aires, Ediciones del 80, 1984.
- MATURO, G., *Marechal, el camino de la belleza*, Buenos Aires, Biblos, 1998.